

**Emily Apter, Zones de traduction. Pour une nouvelle littérature comparée, traducción de Hélène Quinion, Paris, Éditions Fayard, 2015, 416 pp.**

Cristian CÁMARA OUTES  
Universidad Federal del Sur, Rusia  
cristiancamara@hotmail.com

Emily Apter es profesora de de los departamentos de Francés y Literatura Comparada de la New York University y directora de la colección Translation/Transnation de la Princeton University Press. La reciente publicación de la traducción francesa de su influyente libro *The Translation Zone: A New Comparative Literature*, publicado originalmente en 2006, brinda una excelente oportunidad para volver a remarcar su aportación en los campos adyacentes de la literatura comparada y la teoría de la traducción. Difícilmente se podría negar que esta ha sido una obra clave en una estimulante redefinición conceptual y metodológica de ambas disciplinas, tanto en lo que se refiere a sus asunciones básicas tradicionales como a una múltiple variedad de objetos concretos de estudio.

El libro se organiza como un conjunto de ensayos independientes entre sí, divididos en cuatro partes mayores. La primera parte, *Traduire l'humanisme*, traza una interesante genealogía alternativa de la disciplina de la Literatura Comparada, a partir de la cual es posible señalarle sus tareas y direcciones actuales, que serán analizadas en el resto del volumen. Este origen se sitúa en las estancias sucesivas de Leo Spitzer (1887-1960) y Erich Auerbach (1892-1957) en la ciudad de Estambul, a partir del año 1933, en las que el ideal kantiano de humanismo secular encarnado por la tradición de la filología alemana se reformula como un humanismo de exilio, transnacional, cosmopolita, abierto a la diferencia y dispuesto a discutir sus premisas eurocentristas. Según la autora, en esta ciudad, en un momento convulso de la historia europea, la filología

alemana se transforma en una disciplina mundializada que después triunfa institucionalmente en los departamentos de letras de Estados Unidos, y que tiene como principal continuador de su espíritu inicial a Edward Said (1935-2003).

La segunda parte lleva por título *Politiques de la intraduisibilité*. En su primer capítulo aborda de manera frontal la definición de un concepto fundamental en toda su propuesta como es el de la «intraducibilidad». La experiencia de la intraducibilidad ha emergido como ineludible a partir del derrumbe del principio de equivalencia de la teoría lingüística de la traducción a partir de los años sesenta. Para perfilar su tratamiento de este término, Apter se apoya en las ideas del filósofo Alain Badiou (n. 1937) acerca de la singularidad radical de las lenguas, en un gesto de profundas consecuencias epistemológicas para el estudio de la otredad inscrita en los textos literarios. La intraducibilidad alcanza así un valor positivo, esencialmente perturbador, al ser precisamente la extrañeza de un texto la que resguarda algo así como la posibilidad revolucionaria del acontecimiento, es decir de conmover las convenciones perceptivas de la cultura de llegada. Frente a dos posibilidades indeseables, igualmente autocomplacientes, la de quedarse confinado en el monolingüismo y la de traducir todo sin «salir nunca de casa», se dibuja así un campo problemático en el que «le defi de la littérature comparée consiste à concilier la singularité de l'alterité intraduisible et la nécessité de traduire quand même» (p. 135). En nuestra opinión, con este esbozo Apter ofrece un acertado desarrollo o articulación del denominado giro cultural que está en la base misma de la aparición de los Estudios de Traducción.

La idea de la alteridad se pone en funcionamiento crítico en el resto de capítulos de esta segunda parte. En el capítulo 6, *Intraduisible Algerie: la politique du languicide*, comienza tratando una cuestión central de la agenda de los estudios poscoloniales y la teoría de la manipulación de André Lefévère, como es el papel distorsionador que juega la industria cultural occidental (medios de comunicación, editoriales, premios, traducciones, políticas culturales) en la configuración de una visión acomodaticia y exotizante de la emergente literatura mundial. A continuación, se trata más ceñidamente la obra de autores argelinos como Abdelkebir Khatibi (1938-2009), Rachid Boudjera (n. 1941), Assia Djebar (1936-2015) y Tahar Djaout (1954-1993) para ver cómo cada uno dispone diferentemente en sus obras estrategias literarias y lingüísticas para enfrentar un pasado colonial traumático y una identidad cultural marcada por lo que Hélène Cixous denomina «errancia perpetua». El capítulo 7, a su vez,

se ocupa de una serie de «figuras literarias excéntricas»: Eugene Jolas (1894-1952), Mina Loy (1882-1966), G. Apollinaire (1880-1918), James Joyce (1882-1941), Louis Wolfson (n. 1931), Georges Perec (1936-1982) y otros, que tienen en común «révéler les affres de l'intraduisibilité au coeur de chaque langue» (p. 183). Es un tema fascinante que según creo todavía merece recibir una atención más detenida por parte de la teoría de la traducción contemporánea.

La tercera parte lleva como título general *Guerre de langues*. Se ocupa de una constelación de problemas unidos por la definición de la «zona de traducción», en cierto modo, como una topología indecidible, por un lado lugar de conflicto y lucha, en el que operan todas las estrategias paranoicas esterilizadoras de los nacionalismos lingüísticos, y, por otro, punto de contacto en el que se propician todos los contagios, mezclas e hibridismos. Hay que decir que los análisis literarios que realiza Apter son uno de los elementos más atractivos del libro, gracias a su demorada atención a las propiedades formales y al trazado de un panorama interconectado de la literatura globalizada que es sin duda enriquecedor para el lector. Entre otros muchos, en esta parte del libro se trata de los balcánicos Ismail Kadaré (n. 1936) e Ivo Andric (1892-1975) (capítulo 8), del nigeriano Ken Saro-Wiwa (1941-1995) y el costamarfileño Ahmadou Kourouma (1927-2003) (capítulo 9), de Irwing Welsh (n. 1958) y la generación del realismo sucio escocés (capítulo 10), de los antillanos Raphaël Confiant (n. 1951) y Maryse Condé (n. 1937) (capítulos 11 y 12). En todos los casos el análisis se resiste de manera consciente a recurrir a las facilidades del binarismo. Frente a las presiones centrípetas que ejercen la dominación lingüística de las metrópolis, los criterios ideológicos de canonización y el empobrecimiento de la experiencia en el contexto de la cultura de masas tardocapitalista, estos autores evitan caer en las facilidades del esencialismo natalista, y prefieren disponer técnicas de guerrilla para subvertir las fronteras y corroer desde el interior el orden monolingüe. De acuerdo con las precisiones de la deconstrucción derrideana, de esta manera disponen una lengua que está por completo fronterizada, liminar, que obliga a licuar delimitaciones estrictas y rígidas. Una zona de conflicto «où la langue devient particulièrement inventive, précisément parce qu'elle n'est ni l'un ni l'autre» (p. 251).

Finalmente, la parte cuarta, *Les technologies de la traduction*, tiene una unidad conceptual menos marcada que las anteriores. Se ocupa de cuestiones como la traducción intermedial, las nuevas tecnologías y el renovado estatuto de la traducción en la que la autora denomina la «era numérica».

En ocasiones en esta parte el análisis se vuelve un poco repetitivo, como al tratar el *netlish* como lenguaje híbrido que se utiliza en la red en los mismos términos con los que antes se ha trabajado el criollo, y en ocasiones aparece un utopismo pantraductivo que no acabamos de encontrar bien fundamentado. El capítulo más interesante de esta parte es el dedicado a la cuestión de las seudotraducciones, que se ha convertido por cierto en una referencia obligada en este campo de la Traductología actualmente en auge.

Comienza con la constatación de que toda traducción implica siempre una cierta pérdida, y del hecho no menos incontestable, que se puede relacionar con la noción de transparencia de Lawrence Venuti, de que las traducciones siempre disponen estrategias para ocultar o disimular esa pérdida que conllevan. Apter critica las concepciones tradicionales en torno de la seudotraducción por comportar siempre una cierta lógica de novela detectivesca. En ellas se trata de desenmascarar la superchería, y consecuentemente de restituir sus derechos al autor y al original, que mientras tanto habrían permanecido intocados en una operación de falsificación meramente superficial y revertible. Por el contrario, de acuerdo con la autora, la seudotraducción nos obliga a confrontarnos con el hecho radical (otra vez Derrida) de que no existen originales en absoluto, de que el original es siempre estructuralmente la traducción de algo anterior, en una detención provisional y precaria dispuesta siempre a volverse a anegar en la circulación de las transferencias. Como dice Alper, la seudotraducción muestra «le point limite de la déconstruction de l'ontologie qui sous-tend la modélisation traditionnelle de l'opération de traduction en révélant que la transmission de l'original n'est pas fidèle» (p. 298).

El análisis subsiguiente de las *Canciones de Bilitis* (1894) de Pierre Louys (1870-1925) se conforma bastante bien con el modelo clásico de la teoría de los polisistemas, que concibe la seudotraducción como manera subrepticia de incidir en las convenciones de la cultura literaria del seudotraductor. Así, Louys habría enriquecido el helenismo finisecular francés con una versión desviada, decadente y sombría de la herencia clásica, atenta a sus aspectos de nocturnismo y erotismo neurótico. En cambio, el siguiente análisis de los supuestos poemas japoneses de Kenneth Rexroth (1905-1982), si bien intenta salir de los caminos trillados, solo se puede decir que es mucho más confuso. Apter recurre aquí a la propia teoría de la traducción del poeta *beat*, según la cual no se debe traducir las palabras sino la «vida» o la «respiración» del original (lo que Erwin Gentzler, en *Contemporary translation theories* (2001),

denomina como teoría modernista de la traducción, y que a su juicio adolece de una confianza mística en la equivalencia transpuesta a un plano metafísico). Siguiendo con esta argumentación, la autora llega tan lejos como para hablar de metempsicosis y reencarnación, «identification surnaturelle du moi avec l'unité tragique du processus creative» (p. 310). Y todo esto en primer lugar era completamente innecesario, y en segundo lugar, y mucho más importante, desaprovecha las potencialidades inscritas en el término deseudotraducción como «clonación de código» que ella misma había adelantado. La consideración de laseudotraducción como clon me parece que apunta en una dirección fascinante que podría conducir a la disolución de la frontera entreseudotraducción y creación literaria como tal. Ambas se igualarían en tanto que falsificación, plagio, copia, contrahechura, de acuerdo con una concepción de la diacronía de las formas que podría tomar al formalismo ruso en su base.

Como se ve en este breve recorrido que hemos hecho de las ideas y términos principales de *Zones de traduction. Pour une nouvelle littérature comparée*, Emily Apter realiza un valioso compendio de las direcciones y cuestiones de análisis de mayor actualidad crítica, que por lo demás obliga a movilizar los nombres de todos los teóricos más celebrados de los últimos decenios. En cierto sentido, se puede considerar que en los campos de la teoría de la traducción y la literatura comparada la convulsión ya ha tenido lugar. Esta convulsión se concretó en la multitud de propuestas y conceptualizaciones renovadoras que se extendieron desde los años sesenta hasta los fines de siglo y que, en efecto, en lo que se refiere a la teoría de la traducción, se puede entender como un intento de interpretar y asimilar productivamente el contenido del hostigante ensayo breve de Walter Benjamin (1892-1940) *La tarea del traductor* (1934). Las cosas ya no pueden volver atrás, tenemos que acostumbrarnos a vivir y pensar en un entorno intelectual con muchas menos certezas y con mayor exigencia ética. El libro de Emily Apter posiblemente no sea radicalmente innovador, pero funciona como un buen compendio o una suerte de cartografía de las tensiones que definen el presente de la disciplina. «Estamos aquí. Ahora, ¿qué?».